

Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008)

“Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008), es la aceptación de la nada como verdadero punto de partida, antes de cualquier otra aceptación, comprensión o concepto.

Creando vínculos con el taoísmo y el budismo, se evidencia una percepción de la realidad desde una actitud de aceptación incondicional y de recepción socrática. El punto de partida es una interpretación oriental del eros Platónico, entendiendo como rechazo arbitrario a la nada la presencia de las ideas, probablemente debido a la existencia de las religiones monoteístas en tiempos de reinterpretación de los manuscritos griegos. Textos actuales de física, neurología y biología, complementan un ensayo que propone un punto de vista diferente, que permite a su vez implementar las nuevas tecnologías en el arte contemporáneo.

El texto *Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008)* libera al observador de la dictadura de la idea y canaliza, con un logos que puede ser verdad pero nunca real, una recepción de la obra siempre sometida a la experiencia individual, entendiendo todo aquello visible como un flujo de analogías. Por lo tanto, aquello visto siempre es, en sí, en cuanto a una atracción natural por su propia desaparición, y definitivamente el artista y observador son libres, en todo momento, para reorganizar y reinterpretar, midiendo las arbitrariedades sociales y culturales si desean comunicarse.

En una sociedad pasiva la manipulación y deformación de la realidad llega a ser claramente un medio de control fácil y peligroso. En ésta nada la información circula y crea realidad sin control alguno. El eros Platónico es entonces además reinterpretado como un vehículo, en sí mismo sumergido dentro la experiencia de la realidad sensible, pero que es a su vez el medio para el conocimiento de la armonía con la realidad, social, individual o universal”.

del ensayo Interface: Un ruiseñor en la pantalla (2008).

Y ese instinto por dudar no se detiene jamás, no logra detenerse. Como una turbulencia antigua persiste cuestionando y dudando de todo lo visible. Y la realidad emerge, sangra, espanta, embriaga una vez reaparecida la duda. O quizá pueda decirse que es la palabra del poeta quién saca la realidad de ese estanque sin voz, y el escriba es quién anota esos signos. O quizá ocurre que la realidad emerge, de su invisible laguna emerge, cuando el visionario invoca, advierte, y casi logra prenderla, atraparla en el conocimiento con un gesto libre, audaz, alejado de todo concepto o simulacro.

Fuente de vida, finalmente, de algún modo siempre es buscada esa zona oculta, ese vacío. La murmuración de ese estómago, de ese vientre antiguo que en siglos pasados engendró la escena en una cueva, es presentida, buscada, y fuente de

todo lo visible.

Todo lo visible es hacia esa nada. La duda sigue hoy. Y desde la hondura no cesa de oírse, en nuestra escena esa inquietud antigua, puede oírse como un fondo turbado e impredecible, que asusta y siembra de preguntas esa vida lenta y cotidiana que recorre el simulacro. Y detrás de cada duda reside el acto heroico de la humanidad hacia el vacío. Sí, siempre buscamos ese origen. Siempre reemprendemos con calma ese camino revisando al monstruo.

Y hoy, con esa mirada de máquina añadida, debemos seguir haciéndolo, para preguntar ¿qué hay allí exactamente? Y seguir vagando de la luz a la penumbra, con esa máquina alumbrando más, mucho más, para darnos existencia sin negar jamás la duda, hasta esa penumbra que desvela el simulacro, para acaso ver lo invisible, para ocultarlo de inmediato, aunque con ese presentimiento de nada. El cantar de la humanidad hacia nada.

La computación, ese algoritmo que integra datos y almacena visiones, no logra dudar de ese modo. Hoy junto a nosotros está la objetividad de esa lente ciega, de esa nueva inteligencia artificial que alumbrando más, mucho más, para lograr sólo una penumbra, un simulacro que se agrietará y desvelará con tan sólo dudar.

Hablemos con ella de poesía, de ciencia, de mística. Hablemos de un nuevo convencimiento para un viaje simplemente de nuevo a lo indeterminado y oculto. Para intentar desocultarlo después, para vivir la libertad ante una intuición de esa nada, ante acaso una presencia de lo invisible asombrando, para ocultarla después quizá, aunque es improbable concluir algo estable.

La atracción a ese vacío es irresistible, fascinante, fuente de libertad desconvocando lo visible, empujando todo hacia nada. Esa palabra de poeta, de orador atraído al vacío, fuente de libertad timbrando en la puerta de nada, todo hacia nada, desorganiza, duda de lo visible. Para acercarnos a la realidad, a esa informidad. Para desvelar ese simulacro que dicta lo verdadero, lo visible, lo válido. Para convocar y orquestar al concepto, en el interior de esa interfaz del observador con lo observado, de esa analogía indivisible de imágenes que simulan todas lo visible. La interfaz.

La robustez de las apariencias casi alcanza a ocultar la realidad, pero en instantes de lucidez es posible advertir su aspecto monstruoso, impredecible. Y quizá ese presentimiento puede provocarnos temor, sí. Aunque la mística logró acomodarnos, para concluir que estamos en casa, que esa monstruosidad es nuestro hogar. Aunque con temor, a menudo, ciframos para ocultar su aspecto y predecirlo. Aunque la mística, después, advierte de nuevo que no debemos temer nada. Y entonces sobre esas cifras se eleva una nueva formulación, o un nuevo verso que germina al instante, maravillado el orador con ese cantar simple, alegre, celebrando su duda con calma, ese presentimiento de vacío que siempre advierte con la duda.

La razón después quizá interpreta, cifra, calcula o responde con conceptos. Y recreamos símbolos, esa cáscara para la fonética ante el vacío. A menudo ocultando la realidad, para después intentar desocultarla. Aunque la mística persiste advirtiendo que el amor nos acoge si no hay temor, que no debemos temer nada. Pero ciframos, acordamos comprender. Ocultamos, numeramos, cantamos. Y después regresamos a intentar desocultar, a revisar el lecho de ese vacío. Maravillosa humanidad. Cantar la vida ante la vida.

Un proceso de humanización que empezó en las sombras, en esa cueva, con esas formas animales. Y hoy nos conduce hasta el plasma, a la cueva eléctrica, aunque todo lo visible siempre es, en sí, en cuanto a su nada, una interfaz, una indivisible analogía del observador con todos sus instantes de observación, que puede convocar los conceptos a un diálogo libre entre sí.